

La Iglesia existe para evangelizar

RUFINO VELASCO

Toda acción pastoral evangelizadora tiene a la base una manera de entender la Iglesia, y exige una determinada configuración de Iglesia. Desde el Concilio para acá se ha hecho ya conciencia común que la Iglesia existe para evangelizar, pero esta conciencia ha llevado por su propia dinámica a otra afirmación más grave: que la evangelización marca «*la identidad más profunda*» de la Iglesia, como dijo Pablo VI en la «*Evangelii Nuntiandi*» (1).

En la evangelización, por consiguiente, se está jugando la Iglesia su propia identidad. En estos momentos, en que parece preocupar la perspectiva contraria: dar primero con nuestra identidad como Iglesia para descubrir desde ella el sentido de la evangelización, parece cada vez más urgente resaltar las exigencias de la evangelización también como fuerza transformadora de la Iglesia. De una Iglesia que puede estructurarse o estar estructurada desde siglos, en ciertos aspectos, como un obstáculo para la evangelización.

Como ya dije en otro lugar, «el problema de la evangelización puede abordarse desde dos actitudes diferentes: pensando que eso *deja intacta* a la Iglesia, o pensando que exige una revisión constante y acaso una transformación profunda de la misma si quiere ser evangelizadora

(1) *Evangelii Nuntiandi*, 14.

de verdad. Es decir, se trata en el fondo de aclarar si los problemas y dificultades actuales de la evangelización remiten sólo a los obstáculos o resistencias peculiares del mundo de hoy, o remiten también a una Iglesia que *no acierta o no se decide* a ponerse en condiciones de ser trasmisora del Evangelio de Jesús al hombre de nuestro tiempo. Evidentemente, la situación actual del mundo está exigiendo por todas partes un gran esfuerzo de búsqueda para dar con nuevos modos de evangelización. La cuestión está en saber si eso no exige al mismo tiempo *un nuevo modo de ser Iglesia*, de tal manera que, sin esto, no nos aclaremos nunca sobre lo que es evangelizar, ni podremos ser, como Iglesia, la presencia del Evangelio de Jesús en el mundo» (2).

Quisiera destacar en este trabajo, sencillamente, algunas exigencias de la evangelización que ya son aceptadas comúnmente en el plano teórico, pero que hay que seguir recordando porque no es tan claro que haya voluntad decidida de ponerlas en práctica. Y en este asunto sólo la puesta en práctica irá cambiando el funcionamiento de la Iglesia, de tal modo que se pueda decir de verdad que está decididamente al servicio del Evangelio.

1. LA BUENA NOTICIA DE JESUS.

No podemos olvidar, al hablar de evangelización, que «Evangelio» significa Buena Noticia, la Buena Noticia proclamada por Jesús como «el primero y más grande evangelizador» (3).

Y esta Buena Noticia consiste básicamente, como es sabido, en que el Reino de Dios se acerca, y se acerca como promesa y fuente de felicidad y de liberación total para el hombre. Ahora bien, sobre esta gozosa Noticia conviene anotar estas dos cosas:

- a) Que es una Buena Noticia para los pobres y una mala noticia para los ricos (Lc. 6, 20 y 24). Jesús se siente enviado «para evangelizar a los pobres» (Lc. 4, 18), y éste es el signo de su obra mesiánica: «los pobres son evangelizados» (Lc. 7, 22). Se proclama dichosos a los pobres porque «suyo es el Reino de Dios» (Lc. 6, 20). Es decir, se trata de una Buena Noticia que sólo se hace real partiendo de los pobres en orden a una nueva fraternidad entre los hombres que nos descubra a todos el sentido de la verdadera felicidad. En las condiciones reales de nuestro «mundo», la Buena Noticia del Reino subvierte de forma radical el «orden presente», y trata de inaugurar, en contra de ese orden, una «tierra nueva».

(2) *Misión Abierta*, 3/1985, p.61.

(3) *Evangelii Nuntiandi* 7.

- b) Esto quiere decir que hay que someter a revisión constantemente lo que entendemos por evangelización. Pablo VI lo hizo de manera determinante en la «*Evangelii Nuntiandi*». En esta encíclica, después de reconocer la *complejidad* de la acción evangelizadora, y, por tanto, que «ninguna definición parcial o fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla» (n. 17), se reconoce también expresamente que tradicionalmente se ha identificado la evangelización con un solo aspecto de la misma, y no precisamente el más importante: el aspecto del *anuncio* verbal del Evangelio, con el riesgo que eso comporta de reducción del Evangelio a mera doctrina que hay que enseñar (n. 22).

Evangelizar implica fundamentalmente estas tres cosas: el *anuncio*, el *testimonio* y la *praxis*. Y el gran mérito de la «*Evangelii Nuntiandi*» consiste en haber colocado estas tres cosas en su verdadero orden:

Lo primero es la *praxis* transformadora de la realidad según las exigencias del Evangelio (nn. 18 y 19). Esta *praxis* implica unas opciones, una forma de vida entregada, una lucha incondicional contra todos los obstáculos que se oponen a la liberación del pueblo. Sin esto, tanto el testimonio como el anuncio se queda en el vacío, carentes de toda consistencia real.

Lo segundo es el *testimonio*, que redonda espontáneamente de la *praxis*, que es frecuentemente el «testimonio sin palabras», «proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz» (n. 21), y del cual recibe el anuncio toda su fuerza y todo su poder de convicción.

Y lo tercero es el *anuncio* que, en cuanto enraizado en la *praxis* y en el testimonio, es también imprescindible como explicitación necesaria del sentido último de lo que se está queriendo expresar con ambos (n.22).

Mucho me temo que nuestra evangelización carece muchas veces de la fuerza real del Evangelio porque nos hemos acostumbrado en la Iglesia a una *inflación* del aspecto de anuncio verbal y doctrinal de la fe cristiana, desatendiendo los aspectos fundamentales y primordialmente decisivos: la *praxis* y el testimonio.

2. EN LOS AMBITOS EN QUE LA IGLESIA ESTA MAS AUSENTE.

En la medida en que va penetrando la conciencia de que la evangelización implica estos tres elementos, y por ese orden, es evidente que las orientaciones pastorales en la Iglesia, incluso de la jerarquía, se van enriqueciendo con nuevas perspectivas que antes del Concilio Vati-

cano II no hubieran sido posibles. Un claro ejemplo de esto es el documento de la Comisión episcopal de enseñanza y catequesis, de 1983, sobre «La catequesis de la Comunidad».

En él se habla de una evangelización *misionera* en España en sentido estricto: «aquella que debe *salir* a anunciar el Evangelio a los que, en nuestro propio país, se encuentran desvinculados totalmente de la Iglesia. Más aún, la verdad y sinceridad de nuestra voluntad misionera se probará precisamente en una acción evangelizadora con esos no creyentes tan cercanos a nosotros mismos» (4).

Hay varios puntos aquí que merecen ser destacados en toda su importancia:

a) El reconocimiento de que, por muy «católico» que sigamos llamando al pueblo español, nos encontramos a la vez estrictamente en un «país de misión». Y este reconocimiento, o es mera retórica tan frecuente en el lenguaje eclesial, o obliga a un replanteamiento muy profundo de muchas formas pastorales y catequéticas que nacieron y sirvieron en una situación de cristiandad, pero que carecen de eficacia, y hasta pueden resultar perjudiciales, en una situación de misión.

b) En estas condiciones, la piedra de toque de la verdad y sinceridad de nuestra voluntad evangelizadora está en anunciar el Evangelio a los que «se encuentran totalmente desvinculados de la Iglesia». He aquí una afirmación de gran volumen que pone en crisis nuestras formas actuales de evangelización, y, como decíamos al principio, la identidad más profunda de la Iglesia:

¿Es verdad, siquiera mínimamente, que nuestra evangelización se centra «en la acción evangelizadora con esos no creyentes tan cercanos a nosotros mismos»?

¿O pensamos, más bien, a los no creyentes como elementos agresivos que nos obligan a replegarnos cada vez más, y con miedos mayores, en nuestro refugio eclesial?

¿Cómo reaccionamos ante el fenómeno de la secularización, del laicismo, de la increencia, o de la indiferencia religiosa de tantos ciudadanos españoles, con que nos topamos tan frecuentemente, y que nos envuelve por todas partes como un clima ambiental?

¿No formamos cada vez más, creyentes y no creyentes, dos círculos cerrados, que va cada uno por su sitio, incomunicados e indiferentes?

(4) *La Catequesis de la Comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España*, hoy ed. «Edice», Madrid, 1983, n. 51.

¿Qué pasa entonces con el sentido mismo de la evangelización, y con la identidad de una Iglesia que «existe para evangelizar»? (5).

c) Contra estos peligros de reclusión, se nos dice que, para anunciar el Evangelio, hay que «salir»: una palabra subrayada por el mismo documento.

Pero ¿qué significa en este contexto «salir»? ¿salir del sitio en que se está para ir a otro lugar de vez en cuándo? No parece que sea esa la cuestión, según este documento episcopal.

Porque se trata aquí de «reimplantar la Iglesia» en aquellos ámbitos humanos en que está más ausente. Y «no es tanto una acción misionera para ellos o sobre ellos lo que se precisa, sino desde ellos. Sólo mediante la creación de Comunidades cristianas vivas, *que broten de esos mismos ambientes*, es posible una acción misionera eficaz en ellos» (n.53).

Tocamos aquí ese punto en que evangelizar quiere decir tomar opciones, muchas veces arrancarse de determinadas formas de vida y asumir otras nuevas, ser consciente de que la evangelización no es imparcial, de que hay lugares sociales privilegiados y lugares sociales peligrosos para la evangelización, porque sigue siendo verdad que no se proclama el Evangelio lo mismo desde una choza que desde un palacio.

d) Esto quiere decir que en el tema de la evangelización es donde aparece en toda su importancia eso que se va haciendo ya conciencia común en la Iglesia: la «*opción preferencial por los pobres*».

En el Vaticano II quedó ya recogida con toda claridad esta exigencia: «La Iglesia reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y sufriente». Por tanto, «como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a *seguir ese mismo camino* para comunicar a los hombres los frutos de la salvación» (6).

Juan Pablo II ha dicho: «En el compromiso con la causa de los pobres la Iglesia verifica su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la *Iglesia de los pobres*» (7). Es decir, en ese compromiso se hace verdad, y no mentira, que se está en el mismo camino que siguió Jesús el primero y más grande evangelizador.

En el documento de la Comisión episcopal de enseñanza y catequesis, que estamos comentando, al describir los *ámbitos humanos* a que debe

(5) *Evangelii Nuntiandi*, 14.

(6) *Lumen Gentium*, 8.

(7) *Laborem Exercens*, 8.

dirigirse de manera especial la evangelización, se termina diciendo: «y, por encima de todo, el mundo de los más pobres, de los más marginados» (n.52).

Y en la Nota que la Comisión episcopal para la doctrina de la fe, de la Conferencia episcopal española, escribió no hace mucho «sobre algunas cuestiones eclesiológicas», se dice expresamente, referido al ministerio episcopal: «Como siervo, el ministro de la Iglesia ha de tener en el centro de su servicio de comunión la preocupación por los pobres.

Su preferencia ministerial por los pobres y *su presencia pobre entre los pobres* será la mejor prueba de fidelidad al ministerio recibido como servidor del Crucificado» (8).

La conciencia está clara. Y no hay que minusvalorar la importancia de los cambios de conciencia en ningún grupo humano, tampoco en la Iglesia. Esto ha contribuido a que hayan ido produciéndose, en buena medida, cambios notables en el «anuncio» del Evangelio, incluso en las instancias oficiales de la Iglesia, como acabamos de ver.

Pero queda mucho camino por recorrer en los aspectos más exigentes de la evangelización: la praxis y el testimonio. Es decir, en lo que la evangelización comporta de conversión, de desinstalación, de encarnación en los ambientes a que debería dirigirse prioritariamente la acción evangelizadora. No deja de ser preocupante la constatación de que «los grandes ámbitos humanos en los que la Iglesia está particularmente ausente» sean precisamente aquéllos en que debería estar particularmente presente, algo así como el *centro de operaciones de la Iglesia desde el que irradiar a otros lugares su actividad evangelizadora*.

Hay que preguntarse, ante todo esto, dónde están situadas nuestras curias episcopales, y las principales fuerzas de la Iglesia. Cristo «acampó entre nosotros», pero su primera acampada fue un pesebre, durante toda su vida acampó entre los pobres, para terminar acampando «fuera del campamento» judío, en el «lugar del oprobio», como se nos dice patéticamente al final de la carta a los Hebreos (Hbr. 13, 11-14).

3. CREANDO «COMUNIDADES CRISTIANAS VIVAS».

Todo lo que digamos sobre la evangelización se quedará en el terreno de las abstracciones si no damos con el verdadero agente evangelizador: la Comunidad cristiana. En la situación actual de la Iglesia nos

(8) Véase en *Ecclesia*, n. 2.342, 24 de octubre de 1987, p. 34.

encontramos aquí con el principal desafío: pasar de una Iglesia pensada y estructurada según los presupuestos de una situación de cristianidad, a una Iglesia pensada y estructurada según las exigencias de la evangelización.

No es fácil, en nuestro contexto eclesial, crear Comunidades cristianas reales que se entiendan a sí mismas y se configuren de hecho, fundamentalmente, como *plataformas de evangelización*. Estamos acostumbrados, más bien, a ese tipo de Comunidad cristiana que llamamos «parroquia», en que casi todo se ha centrado en el culto y en la práctica sacramental como actividades para los fieles «practicantes» que se realizan en el interior de la Iglesia. Posiblemente en virtud de esto, cuando ha surgido, gracias al Concilio, la necesidad de crear otro tipo de Comunidades, se ha tendido a centrarlas en la vivencia de determinadas experiencias religiosas de puertas adentro. Y a las que se han tomado en serio el compromiso de puertas afuera se las ha acusado precipitadamente de politización.

En todo caso, el gran reto que tenemos delante es éste: la necesidad de crear una nueva forma de Comunidad Cristiana que se entienda y estructure, básicamente, como plataforma de evangelización. Lo cual implica algunas cosas importantes. Por ejemplo:

- a) Que por la Comunidad cristiana se entienda, no primariamente un ámbito territorial en que están abiertos para la gente los servicios religiosos y convencionales, sino un grupo de personas que trata de convivir su fe y de programar comunitaria y creativamente «la tarea de el Evangelio». Estas serían las «Comunidades cristianas vivas» de que habla la Comisión episcopal de la enseñanza y catequesis (n. 53).
- b) Que se entienda que toda Comunidad Cristiana es constitutivamente *enviada*, y que en este envío se juega su identidad. Es enviada para evangelizar y, por tanto, todo lo que la Comunidad es en sí misma, en su propia interioridad, debe configurarse desde la evangelización y para la evangelización.

Pienso que, ante el fenómeno actual de las Comunidades cristianas, hay muchos creyentes que entienden la Comunidad como un «lugar de refugio», y no como el «lugar del peligro», de meterse en el mismo peligro en que se metió Jesús como «el primero y más grande evangelizador»; más como un lugar para asegurar la propia salvación que para responsabilizarse de la salvación del mundo. Algo que sólo puede ocurrir cuando se ha perdido de vista la centralidad de la evangelización incluso para la propia salvación.

- c) Que no se olvide jamás que, en la tarea de evangelizar, hay un momento previo de *encarnación*, sin el cual se volatilizan los elementos más importantes de la evangelización. En la actividad evangelizadora se trata, antes que de adoctrinar, de «reimplantar la Iglesia» en un ambiente concreto. Esta reimplantación exige, como ya dijimos, que la evangelización se configure, no como una acción para la gente, o sobre la gente, sino *desde* la gente. Por eso sólo es posible a través de Comunidades cristianas vivas «que broten de esos mismos ambientes». De este momento «incarnatorio» depende, sin duda alguna, toda la *eficacia* de la evangelización.
- d) Tampoco puede olvidarse que, dentro del ambiente en que se encarna una Comunidad cristiana, la evangelización va dirigida más directamente *a los alejados*, sea a quienes «se encuentran totalmente desvinculados de la Iglesia», sea a los no creyentes. «Más aún, la verdad y la sinceridad de nuestra voluntad misionera se probará precisamente en esta acción evangelizadora con los no creyentes» (n. 51)
- e) Una Comunidad cristiana evangelizadora debe vivir de esta convicción fundamental: la evangelización, como su identidad más profunda, es una tarea que *compromete a todos*. Estamos ante un quehacer comunitario que, posiblemente más que ningún otro, impide distinguir en la Comunidad entre miembros *activos* y miembros *pasivos*. No hay pasividad posible en una Comunidad centrada en la evangelización.

Pero creo, además, que esto nos obliga a descender, por debajo de la distinción entre jerarquía y seglares, a la Comunidad como tal, a nuestra condición común de creyentes. Es curioso que, al destacar la importancia de ese momento de «encarnación» que va implicado en la evangelización, se recuerde que «esa importantísima tarea está encomendada muy particularmente a los *seglares*». De los obispos se dice que están «especialmente obligados a potenciar esa evangelización» (n.55). Parece entenderse que se trataría de una potenciación desde fuera.

Estas distinciones obedecen a esa diferenciación tan peligrosa entre clérigos y laicos, por la que los clérigos se dedicarían más directamente a las cosas de Dios, moviéndose más específicamente en el ámbito de lo sagrado, y los laicos se dedicarían más propiamente a las cosas temporales, moviéndose más directamente en el ámbito de lo profano.

Pienso que el problema de la evangelización obliga a romper estos esquemas. Evangelizar es el asunto de Dios que nos traemos entre manos en la Iglesia, y este asunto se ventila en medio de las cosas temporales donde se decide la suerte de los hombres. No hay cosa más sagrada para los cristianos que la evangelización de los pobres, desde la opción

por los pobres y la identificación con ellos que marcó el ministerio de Jesús. Nada más peligroso aquí que la distinción entre diferentes órdenes de personas en la Iglesia o la demarcación de diversos ámbitos. Lo decisivo en esta cuestión va por otro camino: por debajo de todo eso, nadie puede escapar a las exigencias profundas del momento de *encarnación* que implica la evangelización. Si este momento se olvida, se corre el grave riesgo de desfigurar radicalmente los dos elementos constitutivos más importantes de la evangelización: la praxis y el testimonio.

Y estos elementos ponen a prueba, evidentemente, a todo ministerio eclesial, también al episcopal y presbiteral. Es lo que afirmaba con toda claridad la Nota de los obispos «sobre algunas cuestiones eclesiológicas», a que ya nos hemos referido, a propósito del ministerio episcopal: «la mejor prueba de fidelidad al ministerio recibido» será precisamente «su presencia pobre entre los pobres». Y, desde ahí, podrán dedicarse con toda seriedad a esta tarea que les señala el Concilio: «consagrarse totalmente a los que, de alguna manera, perdieron el camino de la verdad o desconocen el Evangelio» (9).

f) Desde el momento en que se ponen en primer plano las exigencias de la evangelización se descubre también otro aspecto importantísimo para la organización eclesial: *la pluralidad de ministerios* a que hay que abrir paso en las Comunidades cristianas.

Una Comunidad cristiana no será evangelizadora de verdad si no surgen dentro de ella diversos ministerios que no tienen por qué estar, en principio, subordinados o sometidos al ministerio «ordenado». No superaremos jamás el clericalismo en la Iglesia si, a la hora de la verdad, resulta que la responsabilidad, la dirección, el poder de decisión, en las cosas de la Iglesia siguen estando exclusivamente en manos de los clérigos. Una Iglesia clerical, por mucho que se hable dentro de ella de la promoción de los laicos, es un obstáculo radical para la puesta en marcha de la evangelización.

g) La perspectiva de la evangelización obliga también a un replanteamiento de *la catequesis* y, en general, de la educación de la fe. Por lo menos en estos dos sentidos:

1. La orientación de toda pastoral catequética hacia la creación de Comunidades cristianas vivas. Por haber centrado la catequesis en el aspecto de la enseñanza de la doctrina cristiana, los grandes esfuerzos desplegados en esta tarea han servido, cuando mucho, para formar cristianos por libre, cristianos que viven por su cuenta un cristianismo

(9) *Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos* 11.

individual, pero no cristianos impulsados a vivir su fe y su compromiso cristiano en comunidad. Así se ha perdido de vista el aspecto evangelizador de la fe. Pues el sujeto propio de la evangelización, como ya hemos dicho, es la Comunidad cristiana como tal.

2. La concentración de la catequesis en formar cristianos que sean *agentes de evangelización*. Es decir, cristianos en Comunidad, pero conscientes a la vez de que la Comunidad no existe para sí misma, sino que toda su razón de ser le viene de la «tarea del Evangelio» que se le ha encomendado.

h) Finalmente, la centralidad de la evangelización exige revisar también *la dimensión cultural y celebrativa* de la Comunidad cristiana. Como ya dije en otro lugar, «es necesario comprender mejor que el culto cristiano no tiene sentido en sí mismo, sino en orden al Evangelio. Es decir, que toda celebración cultural está para que los cristianos, en contacto directo con Cristo, se sientan llamados a seguir el mismo camino que El siguió en su ministerio evangelizador. Que los sacramentos no son «medios de salvación» sino siendo a la vez «medios de evangelización», celebraciones que vienen de la vida real y del compromiso de la Comunidad cristiana, y a ellos retornan. De este modo debe ir penetrando en todos los elementos internos de la vida eclesial su referencia a esta verdad fundamental: que evangelizar constituye la identidad más profunda de la Iglesia» (10).

(10) *Misión Abierta*, 3/1985, p. 72.